

¿QUÉ HACE UN/A LAICO/A COMO TÚ EN UNA IGLESIA COMO ÉSTA?

Encuentro General del Laicado Diocesano
Vitoria-Gasteiz, 26 de enero de 2019

Pedro Escartín Celaya
Delegado Diocesano de Apostolado Seglar
de Barbastró-Monzón

Descargo de conciencia

El pasado 7 de enero escuché durante dos horas al equipo del Servicio Diocesano del Laicado para conocer qué se me pedía para esta reflexión. Después, en mi casa, he leído detenidamente las aportaciones del Foro del Laicado en su encuentro del 9 de noviembre último. Y confieso que me siento abrumado y asustado. Vosotros me preguntáis: ¿qué hace un laico como tú en una Iglesia como ésta? y, al ponerme a pensar la respuesta, yo me he preguntado: ¿qué puede decir un cura octogenario, rural y “todo terreno” como yo (de esos que lo mismo servimos para un roto que para un descosido) a un laicado como éste?

En mi agobio, me ha venido a la memoria el episodio de la curación de la lepra del sirio Naamán por el profeta Eliseo. El rey de Siria lo envió al rey de Israel con una carta que decía: “Al llegarte esta carta, sabrás que te envío a mi siervo Naamán para que lo cures de la lepra”. Cuando el rey de Israel leyó la carta, rasgó sus vestiduras diciendo: “Soy yo Dios para curar a un hombre de su lepra. Daos cuenta que está buscando querrela contra mí”. También yo me he sorprendido pensando atemorizado: “¿quién soy yo para decir algo sensato y útil a un laicado tan dinámico y provocativo como el que refleja ese documento?” Y no me he dicho que andáis buscando querrela, porque sé que me apreciáis, pero confieso que me he sentido abrumado.

En el episodio de Naamán, que narra el segundo libro de los Reyes (capítulo 5), Eliseo curó la lepra de Naamán mandándole que se bañase siete veces en el río Jordán. Naamán se mostró reticente, porque esperaba otra cosa del profeta: que invocara a su Dios y frotase con su mano la carne enferma, pero no que se bañase en un río cuyas aguas no eran mejores que las de los ríos de su tierra; al fin, accedió a hacer lo que le dijo el profeta y quedó sano. Entonces reconoció que Dios actúa cuando se confía en él, aunque los instrumentos o los medios sean tan poco sofisticados como el agua que corre por los ríos. Espero confiar en Dios lo suficiente como para que él también actúe aquí esta mañana por medio de un instrumento tan poco adecuado como mi pobre persona.

Síntomas de un malestar

¿Qué “hace”, qué “siente”, qué “pinta” un laico como tú en una Iglesia tan “caduca” y “poco atractiva” como ésta? En la conversación citada percibí un malestar —corroborado luego por la lectura del documento del Foro— que afecta a vuestro laicado, pero que, por lo que alcanzo a ver, también cunde entre los laicos de las asociaciones, movimientos y comunidades en otros lares de nuestra Iglesia. Algún joven ha dicho a propósito de la pregunta que encabeza este encuentro: ¿qué hace...? “dar la pena”. Y tal vez corremos el riesgo de convencernos de que damos pena.

Por una parte, aparece el cansancio de los que vienen tirando del carro, al constatar que los avances son menguados y que a medio plazo no hay repuesto, sobre todo porque la gente joven no se engancha y no sabemos cómo lograr interesarla.

Por si esto no fuera suficientemente grave, la sensación o sospecha —que puede terminar en tentación— de formar parte de una Iglesia caduca y cuestionada, acentúa ese malestar. Y de

este modo se agigantan en el ánimo las deficiencias y pecados de la estructura eclesial, animando a perseguir el señuelo de una Iglesia ideal que sólo existe en nuestra imaginación.

A pesar de todo, amamos a Jesucristo, con quien nos hemos encontrado y que da sentido a nuestra vida, y queremos a la Iglesia, que deseáramos fuera más fiel a su Maestro. Y hasta caemos en la cuenta de que esa Iglesia somos también nosotros. Todo lo cual nos aboca a plantearnos qué debemos hacer o qué podemos hacer, ya que no siempre logramos hacer todo lo que debemos. Y llegados a este punto, vuelvo al episodio de Naamán el sirio. No quería bañarse en las aguas del Jordán porque esperaba un remedio más sofisticado. ¡Cuántas veces la búsqueda, bienintencionada y generosa, de iniciativas que “llamen la atención” y resulten “atractivas” en el mercado mediático de nuestra cultura y sociedad actuales, nos impiden valorar las múltiples actuaciones diarias, silenciosas y humildes, que son como las aguas del río Jordán a través de las cuales es Dios quien interviene y salva!

Un laicado en el mundo y para el mundo

La primera constatación de la que quiero dejar constancia, después de leer el documento de vuestro Foro del Laicado y de sopesar las situaciones concretas que os preocupan e interpelan como hombres y mujeres cristianos, es que vuestro laicado trata de encarnar los laicos en los que pensaba el Concilio Vaticano II. El Concilio afirmó que “el carácter secular es propio y peculiar de los laicos”, porque les corresponde “por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales”, y hacerlo “al igual que la levadura, contribuyendo desde dentro a la santificación del mundo”, de manera que la Iglesia se haga “presente y operante en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de ellos”¹. Eso es, justamente, lo que se trasluce que deseáis y andáis buscando, me atrevo a decir que con pasión.

Vuestras preocupaciones vienen marcadas por la problemática real y tantas veces sangrante de la vida diaria de nuestro mundo, Y vuestros compromisos llevan el sello de una llamada claramente evangélica y de la encarnación, codo a codo con otros hombres y mujeres de buena voluntad, en las iniciativas que tratan de denunciar el mal y transformar la realidad social y cultural que nos ha tocado en suerte en este tiempo concreto de la historia, conforme a las pautas del reinado de Dios². Más aún, actuando de esta manera lograréis que la Iglesia esté presente en todas esas batallas y circunstancias mundanas en las que sería imposible que fuera sal de la tierra si vosotros no hicierais lo que estáis haciendo y lo que queréis hacer. Y esto lo digo conscientemente, aunque tantas veces nos duela que esa presencia no sea reconocida y valorada como deseáramos, pues, normalmente, sólo se echa de menos la sal cuando falta.

Estoy convencido que para llegar a que esas preocupaciones se os hayan hecho carne propia, y para llegar a implicaros en las iniciativas que refleja vuestro documento hay mucha reflexión, mucha oración y, en definitiva, se trasluce el encuentro y seguimiento de Jesús de Nazaret, un encuentro y seguimiento de calidad.

Veo también que os duele la Iglesia, pero que os duele porque la amáis y porque os sentís parte integrante de ella. El Concilio Vaticano II reconoció el carácter de sujeto eclesial que tiene el

¹ Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 31. 33.

² Cuando leo en el documento del Foro la necesidad que sentís de “alentar y apoyar el compromiso transformador de cada creyente en la sociedad y la vida pública, desde la opción preferencial por las personas empobrecidas y el cuidado de la ‘casa común’ colaborando en la lucha de las causas de pobreza y exclusión”, no puedo menos de recordar el capítulo IV de la exhortación *Evangelii gaudium*, donde el papa Francisco plantea la “dimensión social de la evangelización” y la “inclusión social de los pobres” como referencia obligada para que nuestra pretendida fidelidad al Evangelio no sea correr en vano (*EG* 173 ss.), así como la urgente llamada de su encíclica *Laudato si’* sobre nuestro irrenunciable compromiso para con la “casa común”.

laicado, en igualdad de dignidad y acción con los pastores y los religiosos³. Ese carácter de sujetos y protagonistas de la acción eclesial queda subrayado por muchas frases de las aportaciones del Foro, a veces incluso con un ribete de confrontación con los pastores. Os preocupa el futuro de nuestra Iglesia y hasta sucumbís a la tentación de soñar con otra imagen de Iglesia en la que no existan las contradicciones de la actual.

Estoy convencido de que el laicado que ha dado origen a ese documento es un laicado que ha asimilado aspectos substanciales del Concilio Vaticano II y quiere hacerlos vida palpable en vuestra Iglesia diocesana. Pero, al mismo tiempo, me parece percibir que ese laicado está parasitado por el malestar al que me refería anteriormente: cansancio, falta de relevo e insignificancia de la Iglesia en la sociedad actual. A la vista de todo ello, creo percibir unos retos, que propongo a vuestra consideración y podrían ser objeto de reflexión y debate en este Encuentro.

Cuatro retos de este laicado en el momento actual

1. El reto de la paciencia.

En la conversación a la que aludía al principio, uno de los presentes dijo algo así como que hoy día los cristianos debemos “tener un punto de paciencia cuando salimos escaldados” porque más o menos despectivamente clasifican nuestras iniciativas como “cosas” de Iglesia o “parroquiales”. Esta advertencia me ha traído a la memoria una convicción que últimamente se está abriendo paso en la reflexión bíblica y pastoral⁴, a saber: durante los tres primeros siglos, el cristianismo creció a pesar de la oposición de las leyes y de las convenciones sociales, que eran elementos disuasorios muy poderosos. ¿Por qué creció? Según esta tesis, el crecimiento del cristianismo primitivo no fue el fruto de una estrategia misionera, sino del “fermento” paciente de unos hombres y mujeres, cuya vida, cuyos hábitos de conducta, resultaban sorprendentes para sus contemporáneos, gentes que estaban insatisfechas con sus propios hábitos culturales y religiosos⁵.

Según san Justino, filósofo y mártir del siglo II, la paciencia ocupó un puesto central en la vida de su comunidad en Roma. En su primera apología, pone de manifiesto la prioridad que tenía la paciencia para los miembros de su iglesia: ofrecer la otra mejilla, entregar la túnica además del manto, evitar el incendiario pecado de la ira... Cuando la gente veía a unos hombres y mujeres comportarse de este modo, se preguntaba por el Dios que según los cristianos motiva estas conductas⁶.

³ Cf. Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 30. 32.

⁴ Véase Alan Kreider, *La paciencia. El sorprendente fermento del cristianismo en el Imperio Romano*. Ed. Sígueme, Salamanca, 2017. El autor, fallecido en 2017, ha sido un estudioso de la historia y misión de la Iglesia en el Seminario Bíblico Menonita Anabaptista y formó parte en el año 2000 del “Mennonite-Roman Catholic International Dialogue”.

⁵ Cf o. c., pág. 22-27.

⁶ San Justino, *I Apología*, 16, 2. ¿Cómo funciona la paciencia? A modo de ejemplo san Justino apunta al campo de los negocios. “Esto lo podemos demostrar con muchos que han vivido entre vosotros, que dejaron sus hábitos de violencia y tiranía, vencidos ora contemplando la constancia de vida de sus vecinos, ora considerando la extraña paciencia de compañeros de viaje al ser defraudados, ora poniendo a prueba a compañeros de negocio” (San Justino, *Apología*. 16, 4). Es probables que este tipo de proceso no solo tuviese lugar entre los que se dedicaban a los negocios; había muchas otras áreas de la vida cotidiana en las que los cristianos, al practicar la paciencia, motivaban a la gente a convertirse a la fe: “Los que nos odiábamos y matábamos los unos a los otros y no compartíamos el hogar con quienes no eran de nuestra propia raza por la diferencia de costumbres, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos todos juntos y rogamos por

El autor de la *Carta o Discurso a Diogneto*, también en el siglo II, da fe de la sorpresa que producía el modo de vivir cristiano —su *habitus*— entre los paganos y la paradoja de que, a pesar de la sorpresa y la admiración, fueran perseguidos⁷. Y se atreve a hacer la siguiente afirmación: “lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. (...) El alma ama a la carne y a los miembros que la aborrecen [porque no les deja gozar de los placeres], y los cristianos aman también a los que los odian. (...) Los cristianos, castigados de muerte cada día, se multiplican más y más. Tal el puesto que Dios les señaló y no les es lícito desertar de él”⁸.

Esta actitud, a la que los escritores de la época apostólica dan el nombre de “paciencia”, es un estilo de vida fundamentado en las propuestas que Jesús hizo en el sermón del monte (*Mt* 5, 6 y 7), un modo de comportarse que ellos atribuían a la obra paciente de Dios, “que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (*Mt* 5, 45-46), al que se esfuerzan por imitar siguiendo la enseñanza de Jesús.

En la conversación con el equipo del Servicio del Laicado se dijo que “uno transmite algo porque se lo cree” y, por lo tanto, tendríamos que preguntarnos: ¿qué “amarras” tengo que soltar para anunciar a Jesucristo? La constatación de que, en un clima tan hostil o más que el nuestro, los cristianos fueron capaces de suscitar la sorpresa por su modo de vivir —por su espiritualidad impregnada por el Espíritu de Jesús—; caer en la cuenta de que éste fue un esfuerzo de largos años —hasta tres siglos— y de que durante tanto tiempo fueron pacientes, tanto en sus relaciones con el mundo, que no les comprendía, como consigo mismos, nos trae a la memoria la advertencia de Jesús a sus discípulos en el discurso escatológico que nos ha conservado el evangelista san Lucas: “Hasta vuestros padres y parientes, y hermanos, y amigos os entregarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odarán a causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas” (*Lc* 21, 16-18). Aún no hemos llegado a tanto; sólo nos han dicho que damos pena. Pero, si estamos convencidos de que la propuesta que llevamos en las manos es valiosa porque se corresponde con la novedad del reinado de Dios, no nos afectará tanto el aprecio o menosprecio de que podamos ser objeto; confiaremos en el Padre que hace salir su sol sobre buenos y malos, pues para Él sí somos significativos.

2. *El reto del vaivén entre la proximidad y el distanciamiento.*

Jesús expresó este reto en su oración sacerdotal pocas horas antes de su muerte cuando suplicó: “Padre, no ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad” (*Jn* 17, 15-16). Esta súplica nos obliga a ahuyentar la tentación de huir del mundo y refugiarnos en el gueto al abrigo de la intemperie, tentación que no he visto reflejada en el documento de vuestro Foro, por lo que doy gracias a Dios, pero que siempre constituye un riesgo que el cristiano debe resistir, pues el envío de Jesús: “Id al mundo entero...” (*Mc* 16, 15), se lo impide.

Gracias a Dios, hemos asimilado aquella declaración programática del Concilio Vaticano II: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas,

nuestros enemigos y tratamos de persuadir a los que nos aborrecen injustamente”. (San Justino, *Apología*. 14, 3).

⁷ “Por los judíos se los combate como a extranjeros; por los griegos son perseguidos y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben decir el motivo de su odio” (*Carta a Diogneto*, V, 17).

⁸ *Carta a Diogneto*, VI, 1. 6. 9. 10.

tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”⁹. Así se desprende de la lectura del documento ya citado: os preocupan las angustias que tantos hermanos sufren cada día y buscáis caminos para que toda la Iglesia se implique en estas luchas. Y esto es señal de que andáis por buen camino.

Pero, al mismo tiempo, os duele que, a pesar de la irrupción del papa Francisco, parezca que todo sigue igual en nuestra Iglesia, os duele la tensión entre la Iglesia y el mundo, os duele haber perdido la capacidad de generar espacios de diálogo con la cultura actual, os duele que el mundo os vea como gente “rara”. Y sin embargo, es preciso reconocer la obligación de mantenerse en equilibrio entre el *ser con* y el *ser diferente*, el vaivén entre la proximidad y el distanciamiento. En nuestro modo de estar en el mundo, no podemos guiarnos únicamente por el deseo de ser en todo como todos; no podemos hacernos la ilusión de ser acogidos como unos colegas más; tampoco podemos aceptar los criterios y comportamientos dominantes en aspectos tan significativos como el consumo o el miedo al migrante, por poner sólo un ejemplo; y no podemos ignorar que quien hace una opción radical por los valores del reino de Dios será y aparecerá *distinto* de quienes no han hecho tal opción. Por este motivo, además de nuestras incoherencias y pecados, los cristianos estamos abocados a ser “raros”, es decir, distintos, aunque no “raritos”.

El cristiano no ha sido llamado para condenar al mundo, sino para salvarlo¹⁰, lo cual requiere cercanía e inserción (en términos teológicos, “encarnación”), pero sin identificarse con la carne o con el espíritu del mundo. Es ésta una tarea difícil, un verdadero reto. Medir hasta dónde debe llegar la aproximación y al mismo tiempo guardarse del maligno requiere discernimiento y la ayuda de Dios que Jesús pidió para los suyos: “Padre santo, guárdalos en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros” (Jn 17, 11).

Hasta qué punto es necesario ese discernimiento y esa ayuda lo pone de manifiesto el siguiente análisis sobre la cultura de los jóvenes del siglo XXI, que el sociólogo Fernando Vidal hizo al comienzo del milenio¹¹. Afirmaba que la nueva generación ha heredado como lo más natural, algunas características de la cultura pequeño burguesa de sus mayores, como la *sospecha obsesiva*, que les blinda frente a los grandes relatos, y una peculiar *actitud ante lo religioso*, actitud que cada día está más presente en los circuitos culturales de la vida pública. Y, por lo que se refiere a la transformación de la realidad, algunas actitudes dominantes actúan como elementos refractarios frente a los valores del reino de Dios¹².

⁹ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 1.

¹⁰ Recordemos la conversación de Jesús con Nicodemo: “Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3, 17); lo cual no impidió que Jesús fuera excluido y marginado de aquella sociedad.

¹¹ Fernando Vidal Fernández, *Jóvenes del siglo XXI*. Separata nº 9 de , «Presencia Joven», editada Movimiento de Jóvenes de Acción Católica, Madrid 2001.

¹² A modo de ejemplo, el citado sociólogo propone los siguientes signos: “*La risa como signo de la felicidad* ha sido elevada a culto sagrado hasta tiranizar a la gente. La sociedad impone la privatización del drama trágico: esconde la muerte, la enfermedad, la intimidad, las creencias y valores. Obligados a reír, la tristeza queda recluida a la épica privada. Esa risa tirana blanquea los dramas, deforma las caras para una correcta presentación en público de sí. Hay una *estigmatización del fracaso*, del reconocimiento de la propia limitación y del pecado; una negación de la reconciliación como restauración; no se valora el dolor de los pecados, pedir perdón y perdonar. La culpabilidad en nuestras sociedades aumenta, pero decrece el sentido de perdón. *El hedonismo* (elección según el placer personal que produce algo en el mismo momento de su consumo) y *el inmediatez* es un modo de vida tan dominante que quien no siga esa ley se siente culpable. Uno de los grandes cimientos de la religión, que era el sentido del sufrimiento y la legitimación del sacrificio, ha sido menoscabado hasta el punto que da vergüenza siquiera mencionarlo. *Las afirmaciones absolutas* siguen siendo

¿Tenemos derecho a angustiarnos y menos aún a culpabilizarnos si nos resulta difícil motivar, sobre todo, a los jóvenes? ¿Podemos sorprendernos cuando no encontramos un razonable relevo en el seno de nuestro laicado cristiano? Es en este momento cuando el laicado de nuestra Iglesia haría bien en releer las palabras antes citadas de la *Carta a Diogneto*: “Lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. Tal el puesto que Dios les señaló y no les es lícito desertar de él”. Y no es arrogancia, sino una humilde lectura creyente de nuestra propia historia en el momento actual.

3. *El reto de la sinodalidad.*

San Juan Crisóstomo afirmó: “la Iglesia tiene nombre de sínodo”. El Concilio Vaticano II, por su parte, ejerció la sinodalidad de un modo admirable, a pesar de que los usos y costumbres de la Iglesia cuando Juan XXIII anunció su intención de convocar un concilio, no fueran un modelo de corresponsabilidad. Haber generado un proceso de sinodalidad de tal magnitud, a pesar de las fuerzas y dificultades contrarias, fue mérito del Concilio del papa Juan y, sobre todo, un evidente don del Espíritu Santo.

Una de las impresiones más agudas, que quedaron en mi ánimo después de la conversación con el equipo del Servicio Diocesano del Laicado, a la que me he referido al comienzo, fue que las dificultades en el camino de la sinodalidad contribuyen en medida no pequeña a alimentar el malestar que os afecta. Tenéis la sensación de ser tratados “como niños” dentro de la Iglesia y de que los pastores temen que los laicos “tomen el poder de decisión en la Iglesia”. Ya sé que estas expresiones deben ser contextualizadas para su adecuada valoración, pero no logro sortear el sentimiento de que vuestra relación con el ministerio de los pastores es, a veces, más dialéctica que corresponsable. Por ello me he decidido a proponer este reto de la sinodalidad como responsabilidad que incumbe a unos y a otros y como tarea que también corresponde al laicado.

La Iglesia es y debe ser una comunión y, en consecuencia, todas sus acciones deben estar marcadas por un estilo “comunional”, que se expresa a través de la *sinodalidad*. Como explica Salvador Pié-Ninot¹³, para los primeros cristianos el término “sinodalidad” significaba “viajar en común” (*syn*: “con” o “conjuntamente”; *hodos*: “camino”), y en su uso habitual servía para designar a la asamblea litúrgica y sobre todo a la Iglesia en su conjunto (la Iglesia es sínodo). Por esta razón, la existencia y el desarrollo de la sinodalidad debe ser tarea normal de una Iglesia-comunión que es una “fraternidad” desde sus inicios.

Pero el que la estructura comunional sea substancial con la naturaleza de la Iglesia no elimina la dualidad permanente del carácter sinodal y del carácter jerárquico¹⁴. Además, tanto el ministerio de los pastores como el laicado pertenecen a la estructura fundacional de la Iglesia. Tampoco es posible ignorar que, en determinadas situaciones, esa dualidad puede desembocar en tensión. Pero esta tensión, lejos de alimentar la disgregación y el enfrentamiento, está llamada a ser fuente de creatividad y de obediencia al Espíritu en un ejercicio de la caridad, que no tiene por qué verse como “la cuadratura del círculo”¹⁵.

irrenunciables para poder subsistir como especie, pero, para su presencia pública, tienen que poder ser reducidas a pura ironía con el fin oficial de permitir la convivencia” (o.c., pág. 28).

¹³ Cf S. Pié-Ninot, *Eclesiología*, Sígueme, Salamanca, 2007, pag. 259ss. 219-224. 565.

¹⁴ Cf M. Kehl, *La Iglesia. Eclesiología católica*, Sígueme, Salamanca, 1996, pág. 92.

¹⁵ A este respecto, es oportuna la siguiente observación, que ya hace más de treinta años hizo el actual Presidente de la Conferencia Episcopal Española, cuando era profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca: “Por el Espíritu del Señor, unidad y diversidad, comunidad y persona pueden ser mantenidas simultáneamente en la Iglesia. Habrá tensiones, y en ocasiones, altas; pero afirmar el derecho de ambas no es afirmar la cuadratura

Según el teólogo de Tubinga, J. A. Möhler, la unidad de la Iglesia no sólo admite las diferencias o contrastes, sino que las exige. Pero la unidad no puede admitir la contradicción u oposición. Hay que distinguir entre “contraste” y “contradicción”. Existe en la Iglesia de forma completamente normal una multiplicidad original de elementos y, por tanto, diversos puntos de vista y contrastes, ya que ella está hecha de realidades limitadas; además, esos contrastes son elementos de vida y de progreso. Ahora bien, la contradicción es ese contraste que se ha salido de la unidad del todo y se ha desarrollado de forma independiente¹⁶.

Lo cual nos aboca a plantearnos la sinodalidad como tarea propia, tanto del ministerio pastoral como del laicado, tratando de ver con claridad cuál es la aportación y responsabilidad de cada cual en el proceso sinodal. Partiendo de la convicción de que “todos tienen la unción del Santo”, el esfuerzo por aproximar posiciones y por asumir los matices de las aportaciones diversas aboca a buscar el consenso como expresión primera y necesaria de la corresponsabilidad y de la comunión eclesial¹⁷.

Así es como la *communio* alcanza una fuerza vinculante intrínseca. Cada cual en la Iglesia tiene el ministerio que el Espíritu le ha dado. El pastor tiene la comprometida tarea y responsabilidad de llegar a formular un discernimiento vinculante, tanto en el terreno de la doctrina como en el de la práctica apostólica; éste es el encargo que ha recibido, ésta es su aportación sinodal para la edificación de la Iglesia. Pero con ella se acopla otra aportación sinodal, la de los presbíteros y la de los laicos, que no han de limitarse a obedecer pasivamente las decisiones de los pastores, sino que han de propiciar los elementos de juicio con los que el pastor llegará a formular un juicio vinculante¹⁸.

Sin embargo, sería ingenuo ignorar el “vacío de sinodalidad que aflige a la conciencia y a la praxis de la Iglesia local”¹⁹ y “la dificultad del mismo derecho canónico para imaginar y

del círculo. Siempre será necesaria la paciencia y la comprensión. Sólo cuando decrece el Espíritu, crece una dimensión a costa de la otra; y si ese Espíritu faltara, sería imposible superar las tensiones en el dinamismo del amor. Entonces puede caerse en los riesgos a que tiende la unidad: autoritarismo, uniformismo, juridicismo; o en los riesgos a que tiende la libertad: subjetivismo, antinomismo, espíritu de secta, ruptura”. (R. Blazquez, *Jesús sí, la Iglesia también*, Salamanca 1983, pág. 340).

¹⁶ Citado por S. Madrigal, *Unas lecciones sobre el Vaticano II*, Ed. San Pablo-Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 2012, pág. 291.

¹⁷ Según Juan Pablo II, la teología y espiritualidad de comunión, que son el alma de la sinodalidad, “aconsejan una escucha recíproca y eficaz entre Pastores y fieles, manteniéndolos por un lado unidos *a priori* en todo lo que es esencial y, por otro, impulsándolos a confluir normalmente incluso en lo opinable hacia opciones ponderadas y compartidas” (*Novo millennio ineunte*, 45).

¹⁸ A este respecto conviene tomar en consideración, por la autoridad moral de su autor, las siguientes afirmaciones: “Ninguna de esas autoridades antes enumeradas [papa, obispo, párroco] es un autócrata. (...) Me contento con aludir a la clásica formulación de san Cipriano sobre la duplicidad de esa relación. Por una parte recalca con una fuerza que ha seguido operante a lo largo de toda la historia: *nihil sine episcopo* (nada sin el obispo); bajo el obispo, la exigencia de publicidad y de unidad de la Iglesia local alcanza, en la lucha contra las comunidades electoras y la formación de grupos, su más extrema agudeza y claridad. Pero el mismo Cipriano declara frente a su presbiterio con no menos claridad: *nihil sine consilio vestro* (nada sin vuestro consejo y parecer), y con la misma claridad dice a su comunidad: *nihil sine consensu plebis* (nada sin la aprobación del pueblo). En esta triple forma de colaboración para la formación de la comunidad cristiana se basa el clásico modelo de la “democracia” eclesial, que no nace de una absurda imitación o copia de otros modelos extraños a la Iglesia, sino que surge de la estructura íntima del orden eclesiástico y que, por lo mismo, corresponde a la exigencia específica de su misma naturaleza y ser”. (J. Ratzinger - Hans Maier, *¿Democracia en la Iglesia?*, San Pablo, Madrid, 2005).

¹⁹ S. Dianich, *Teología del ministerio ordenado. Una interpretación eclesiológica*. Ed. Paulinas, Madrid 1988, pág. 314.

regular formas y estructuras concretas verdaderamente ‘comunionales’ y ‘sinodales’²⁰. Hay, pues, tarea por delante y no poca docilidad al Espíritu, para unos y otros, hasta que logremos una Iglesia, verdadero sacramento de filiación y fraternidad.

Y a propósito de la tarea que comporta este reto, no quiero dejar de recordar las cuatro condiciones que el cardenal C. M. Martini propuso a sus diocesanos, cuando era arzobispo de Milán, para la tarea de “aconsejar” en la Iglesia²¹: a) Realizarlo todo con actitud de comprensión. b) Percibir todo el proceso consultivo como un don de Dios. c) Verlo como un momento de creatividad y búsqueda. d) Realizarlo todo teniendo presente la dimensión “fraternal” que representa ser Iglesia y ser cristiano en ella. Este es un reto que comporta una ardua tarea, que por supuesto corresponde al obispo²², pero también a los presbíteros y a los laicos, que están llamados a aconsejar con responsabilidad, sabiduría y esfuerzo.

4. *El reto de la confianza en el Espíritu*

Finalmente, me ha parecido percibir una preocupación por el futuro de nuestras Iglesias. Duele que la Iglesia esté “muy clericalizada”, que la presencia de la Iglesia en la vida pública esté “protagonizada exclusivamente por la jerarquía”, y que hayamos “dejado de ser un referente moral y ético para la sociedad”. Dado el envejecimiento de los sacerdotes, la escasez de vocaciones y el peso determinante del clero en las comunidades, se ve con preocupación el futuro: ¿qué será de nuestra Iglesia en un mañana no lejano? En esa conversación a la que tantas veces me he referido, se afirmó: “hay que dotarse de personas laicas que sean dinamizadoras, animadores, acompañantes...; formar los consejos pastorales es el primer paso para inundar de vida a las comunidades”.

Hay Iglesias en Francia en las que ya se ha iniciado una reflexión teológico-pastoral sobre algunas experiencias de participación de los laicos en la dirección pastoral de las comunidades y en la cura pastoral²³ y, si no estoy mal informado, también aquí se están dando pasos en este sentido. No hay tiempo ahora para adentrarnos en este asunto, que es un “hecho de Iglesia” nuevo sobre el que apenas ha habido tiempo de reflexionar teológicamente²⁴. Se trata de animadores pastorales laicos que, “investidos de una carta de misión de su obispo, reciben una tarea propiamente pastoral, es decir, orientada al anuncio oficial de la palabra de Dios en la Iglesia, a la animación de la comunidad y a la administración, al menos parcial, de los sacramentos. Su tarea se inscribe en la esfera del ministerio ordenado: así lo entienden todos ellos, ya que intervienen ‘en lugar del presbítero’, y su acción sólo puede ser legítima manteniendo una estrecha colaboración con él, ordinariamente a través de la función de un presbítero ‘moderador’²⁵.”

No estoy seguro de que se estuviera pensando en este modelo de participación en la dirección de las comunidades cuando se manifestó la preocupación por el futuro de nuestras

²⁰ S. Pié-Ninot, *Eclesiología*, 568.

²¹ Cf C. M. Martini, *Consigliare nella Chiesa. Norme per gli organismi di partecipazione della Diocesi di Milano*. Milano, 1991.

²² Al obispo corresponde una tarea singular, la de “esforzarse en suscitar en su Iglesia particular estructuras de comunión y participación que permitan escuchar al Espíritu que habla y vive en los fieles, para impulsarla a poner en práctica lo que el mismo Espíritu sugiere para el auténtico bien de la Iglesia” (Juan Pablo II, *Pastores gregis*, 44).

²³ Véase entre otros: A. Borras, *Des laïcs en responsabilité pastorale?*, Ed. du Cerf, París 1998; B. Sesboüé, *¡No tengáis miedo! Los ministerios en la Iglesia hoy*, Sal Terrae, Santander 1998; también J. Rigal, *Horizons nouveaux pour l'Église*, Ed. du Cerf, París 1999, pág. 36-42.

²⁴ Así lo entiende B. Sesboüé, o.c., pág. 133.

²⁵ *Ibid.*, pág. 134-136.

iglesias, pero en cualquier caso entiendo que no está fuera de lugar aportar dos consideraciones sobre este punto.

Una, sobre el riesgo de clericalizar al laicado, que podría estar latente en la asunción de esas tareas de animación de la comunidad, ya que tales laicos ejercerían una misión que, de suyo, pertenece a la esfera del ministerio ordenado: ¿cómo esquivar el escollo que supone el hecho de que deban cumplir una tarea diferente de la vocación secular que es propia y peculiar del laico? Un riesgo que no debe bloquear este camino, pues el propio Concilio Vaticano II contempló la posibilidad de que los laicos fueran “llamados de diversos modos a una cooperación más inmediata con el apostolado de la jerarquía”²⁶, pero que sí ha de tomarse en consideración con seriedad.

La otra es un toque de atención sobre nuestra docilidad y confianza en el Espíritu de Jesús, que guía y anima la vida de la Iglesia. Por supuesto que la confianza en el Espíritu no impide el que busquemos, muchas veces tanteando o dando palos de ciego, propuestas de dinamización y futuro para nuestras comunidades; más aún, tenemos la obligación de hacerlo. Pero sin olvidar aquellas recomendaciones de Jesús: “No perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí...” (*Jn* 14, 1-2), y sobre todo: “Cuando os conduzcan a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o con qué razones os defenderéis o de lo que vais a decir, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel momento lo que tenéis que decir” (*Lc* 12, 11-12).

No creo retorcer esos textos evangélicos, destinados originariamente a prevenir a los discípulos frente a las persecuciones y al dolor de la separación, si con ellos os exhorto a confiar el futuro de nuestras comunidades a la guía del Espíritu Santo. El Concilio Vaticano II recordó que la Iglesia es “agricultura” o arada de Dios, y también “edificación” de Dios (*1 Cor* 3, 9)²⁷, y es justo que pensemos que no estamos dejados de la mano de Dios, a pesar de las dificultades que la vida nos plantea cada día. Lo cual no nos dispensa de buscar caminos de futuro, pero nos impide agobiarnos mientras los buscamos lealmente y en el seno de una Iglesia en comunión. ¿Qué nos pide este reto? En primer lugar, serenidad, porque con un ánimo confiado nos será más fácil percibir que Jesús ha estado con su Iglesia en los momentos más penosos de su historia y seguirá con ella hasta el final de los tiempos. Y también aquella creatividad de la que se hablaba en el reto anterior, como fruto maduro de unas verdaderas experiencias de sinodalidad.

Cuando me pedisteis que os acompañase con esta reflexión, no buscabais respuestas, que no las tengo, sino que subrayase aspectos fundamentales del ser y del quehacer del laicado. Muchos de estos aspectos están delineados en el documento del Foro, como os he dicho antes. He formulado unos retos que se han abierto camino en mi ánimo tras un intento de lectura creyente de la realidad que me habéis presentado. Dios quiera que haya acertado y que ahora os sirvan para una reflexión creativa y evangélica.

Unas cuestiones para la reflexión

1. La adhesión a Jesucristo produjo en los cristianos de los primeros siglos un estilo de vida que causó sorpresa y atracción sobre sus contemporáneos. ¿Estamos convencidos de que la espiritualidad cristiana (vivir según el Espíritu) también debe producir en nosotros ahora unos “hábitos” de conducta diferentes de los de la cultura dominante? En tal caso, ¿cuáles

²⁶ Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 33.

²⁷ Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 9.

deberían ser los “hábitos” por lo que nuestra conducta actual resulte sorprendente? ¿Qué “amarras” tenemos que soltar para anunciar hoy a Jesucristo?

2. Estar en el mundo sin ser del mundo obliga a un vaivén entre la proximidad y el distanciamiento. ¿Qué perfiles tiene ese vaivén en nuestra situación actual?

“Tal es el puesto que Dios les señaló [a los cristianos, según la Carta a Diogneto] y no les es lícito desertar de él”. ¿Nos sentimos atraídos a desertar de este puesto? ¿En qué circunstancias? ¿Cómo reaccionamos?

3. ¿Qué llamadas plantea a nuestro laicado la tarea de avanzar en sinodalidad, particularmente en el ámbito de la creatividad para la evangelización? ¿Con qué actitud espiritual hemos de llevar a cabo esta tarea?

¿Compartimos la afirmación de que “la unidad de la Iglesia no sólo admite las diferencias o contrastes, sino que las exige, pero que la unidad no puede admitir la contradicción u oposición”? ¿Cuál ha de ser nuestra aportación como laicos en el proceso sinodal?

4. “La vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su *inserción en las realidades temporales* y en su *participación en las actividades terrenas*” (ChL 17). ¿Cómo conjugar esta vocación con la tarea de animar pastoralmente las comunidades cuando sea necesario?

¿Somos conscientes de que el seguimiento de Jesús nos lleva a estar y actuar en el mundo con el talante de quien confía en que su Espíritu guía y sostiene a la Iglesia también ahora? ¿A qué consecuencias prácticas nos debería abocar esta actitud espiritual en el momento presente?